

CAYETANO BETANCUR

En el Centenario de la Muerte del Filósofo Español Jaime Balmes

Me han hecho el muy señalado honor de escogerme para que diga lo que Jaime Balmes significó en la cultura colombiana. Hagamos ante todo un acto de sinceridad: Ni el filósofo español está entre una de las seis o siete grandes cimas que destaca la historia de la filosofía, ni la cultura colombiana puede mencionarse entre los grandes despliegues del espíritu que nos transmite el pasado. Comprenderéis entonces la dificultad de mi tarea. Sería tan fácil hablar de Platón y de la cultura ateniense, de Agustín y el movimiento cristiano de la primera edad media, de Descartes y de Francia, de Suárez y de España, de Kant y la Alemania de los siglos XVIII y XIX. Lo inmenso es siempre una auto-revelación. Pero los hombres no olímpicos y los escenarios modestos exigen más delicada atención y una postura de hidalguía intelectual, de caballeresco tratamiento. Así como un cazador estima que ha faltado a la ética de su arte al dispararle a una torcaza con un rifle máuser; de la misma manera que un gourmet sentiría que viola la más elemental moralidad de sus gustos si parte el pescado con un cuchillo, así también hay personajes en la historia y movimientos culturales que exigen ser afrontados con instrumentos de liviano peso, con categorías espirituales de no muy vasto alcance.

Hecha esta observación preliminar podremos exaltar la influencia del pensador español en nuestras tierras y la manera como entre nosotros fue recibido su mensaje espiritual, sin peligro de que se nos tache de hiperbólicos, de que se diga que desconocemos las jerarquías de la cultura y de sus creadores.

Con razón se ha observado que el genio no es de por sí el gran genio; que al lado de los grandes genios hay los pequeños genios. Pero podría completarse este pensamiento mostrando que los genios pequeños pueden ser de dos clases; los que lo son ante lo pequeño y los que lo son ante lo grande. Balmes era un pequeño genio ante la enormidad de la filosofía y sus problemas.

Es necesario recordar que en la primera mitad del siglo pasado la filosofía había llegado al límite de su expansión. Hablo de expansión en el mismo sentido en que el astrónomo actual se refiere al universo. Las constelaciones filosóficas de entonces se habían alejado unas de otras hasta tal extremo que bastaría hacer memoria de que por esa época unos eran positivistas y otros idealistas, había fideísmo y racionalismo, criticismo y metafísica espiritualista o materialista. Y es lo singular que cada uno de los creadores de esos sistemas buscaban aplicarlos hasta a las más nimias cuestiones y así había la teoría idealista y la sensualista de la sensación y del juicio, la concepción tradicionalista del espacio y de las figuras del silogismo, la racionalista del tiempo y del sentido del tacto. Cada filósofo y cada escuela filosófica legislaban dentro de su criterio en todos los campos del pensamiento y de la realidad.

Era aquella, por otra parte, la edad de los grandes sistemas; llegan a tal esplendor las construcciones filosóficas que el ciudadano de entonces consideraba necesario identificarse ante las autoridades y la sociedad en que vivía, no con las cédulas y tarjetas que hoy son de uso, sino con la adhesión a un determinado "ismo", a una particular concepción estructurada del universo.

Y resultaba explicable toda aquella plena vivencia de la filosofía aun en los espíritus más romos, por el hecho mismo de que se verificaban por entonces las mayores revoluciones en el tono de vida individual y social. La técnica, nacida de egregias especulaciones filosóficas, empezaba a llegar al campesino y al humilde artesano, mostrándole el ferrocarril. El estado central, consolidado ya aún más con la idea de las nacionalidades, alma de los pueblos, que le insufló la Revolución Francesa, necesitaba de grandes recursos que se traducían en crecidos tributos. La vida moral, que venía inspirada durante toda la edad media y los principios de la moderna por la Iglesia Católica, presentaba el espectáculo de personas de acrisolada rectitud, ajenas por completo a toda religión positiva. En fin, se descubrían formas de religiosidad en los pueblos primitivos que denotaban una alta calidad espiritual, una tal finura en las valoraciones que hicieron sospechar a muchas gentes sobre la existencia de una única religión verdadera.

Una de las características de los tiempos modernos, tal vez debida a esa larga agitación de pensamientos con la que creemos guardar el legado de los pueblos que nos iniciaron en la cultura, es la de que no exista acto que repercuta sobre la colectividad que no sea precedido de la enunciación verbal de un principio que lo fundamente. Una frase elaborada como una moneda, de fácil repetición, de sentido aparentemente obvio, sirve de premisa mayor al más ignaro de los hombres para tolerar al tirano o para derrocarlo, para trabajar o para divertirse, para soportar los tributos o para levantarse contra ellos. A cuántas de estas frases debe la historia de la modernidad muchos de sus momentos culminantes.

Los pueblos hispano-americanos, durante la primera mitad de la centuria pasada, acababan de realizar una hazaña de magnitudes incommensurables con su emancipación de la corona española. Y como hoy parece demostrado, esta emancipación política no fue sino el resultado casual e imprevisto de sus aspiraciones a la emancipación social. En otras palabras, el grito de independencia no fue en un principio más que un clamor de libertad. Y este anhelo de libertad era la repercusión en nuestra América hispano-parlante de lo más sonoro de la Revolución Francesa. Como ha ocurrido siempre, estos pueblos nuestros recorren por etapas todo gran movimiento que surge en Europa. Así sucedió con el comunismo, así con los movimientos sindicalistas, de igual manera en lo literario y artístico y hasta en lo religioso.

La resonancia que en los espíritus americanos tuvieron las ideas de la gran Revolución, sonaron en principio como un eco de conceptos y creencias de carácter eminentemente religioso. Parecía a los próceres de la independencia que los derechos del hombre no eran otra cosa que la codificación de las libertades evangélicas. Y así pudo serlo incluso para muchos hombres de Europa.

Pero mirando el subsuelo en que se mueven las corrientes filosóficas y políticas, la Revolución Francesa era el momento culminante del racionalismo y, por tanto, de la negación de toda religiosidad profunda. Era el avatar de varios siglos de cultura hondamente trajinada en que el hombre llega a sentirse cada vez más dueño de sí mismo, más centrado en su propio ser, más optimista sobre sus posibilidades. Esto era plenamente inteligible en el ambiente europeo.

El americano, en cambio, tenía otras características. Al emigrar del viejo mundo hacia estas tierras de culturas primitivas, había traído los últimos restos del medievalismo. Mientras el europeo que quedó en su país fue tomado del impulso fáustico que desarrolló en forma de sistemas filosóficos y de inventos técnicos, el emigrado hacia América

encontró aquí en la vastedad de estos horizontes, todo el escenario dónde desahogar su sed de aventuras; poco habrían de interesarle las teorías y los sistemas con que Europa continuaba su evolución y desfogaba sus instintos, ya que la América misma era una hazaña inmensurable, su vida propia hallábase a cada paso en presencia de lo desconocido, de lo enorme.

Por eso conservó intactos por así decir, los utensilios culturales que había trasteado del viejo solar europeo. Y esos utensilios, como he dicho, eran la Edad Media, con su concepción "católica" del mundo. De ahí que todavía para muchos europeos cultivados, sea en América donde se pueden buscar y hallar las supervivencias de la cultura medieval.

Cuando irrumpen en el nuevo continente el grito emancipador, (que, ya lo expresé, fue en un principio grito de libertad), dado lo que vengo diciendo, era explicable que se conmovieran en sus cimientos todos esos elementos culturales de que hasta entonces vivía el criollo americano.

Aceptadas las nuevas ideas libertarias como simples desarrollos de premisas evangélicas, a poco fue asomando las orejas el lobo, y cada vez se hacía más patente para los buenos cristianos de estas tierras el movimiento a que habían dado su sangre, amenazaba con socavar nada menos que los mismos fundamentos de su fe y de su religiosidad. El lobo a que aludo se llamó en Colombia el utilitarismo de Jeremías Bentham.

Pero no era posible echar pie atrás. Los patriotas se hallaron ante el grave dilema de renegar de su fe o de repudiar la epopeya emancipadora.

Y es entonces cuando entra en el escenario de nuestra cultura el filósofo español Jaime Balmes.

Jaime Balmes tenía una compleja genealogía filosófica: sus primeras simientes se hallaban visiblemente en las obras de Tomás de Aquino. Puede decirse que las Sumas del Doctor Angélico son su casa solariega. Dentro de ellas se mueve como en su propio elemento, como en el punto de partida de todo correcto filosofar.

Pero Balmes era un hombre de su tiempo, y el tiempo es irreversible. Él no podía desconocer que después del de Aquino ocurrieran cosas importantes en la filosofía. Esas cosas fueron el Renacimiento, Descartes, Locke, Leibnitz, Kant. Balmes se nutre de las nuevas inquietudes, le muerden el seso tan angustiosamente, que acaba por reconocer en lo que había venido después, la autenticidad de sus problemas, la sinceridad de sus formulaciones.

Pero el filósofo de Vich, no se desconcierta: aprehende el nuevo mundo de ideas, advierte su importancia y las incorpora en su propia visión de la realidad.

Y conste que no he dicho que las incorpore en su propio sistema, porque Balmes tiene ya la delicadez de no ser hombre de sistema. En esto se adelanta un siglo a la especulación filosófica, pues sólo en el actual con Nicolai Hartmann, se ha hecho vigente la actitud que en la filosofía busca antes que todo la potencialidad de los problemas.

Balmes recorre el amplio campo de la filosofía y toma de él todo lo que hace patente la realidad, todo lo que representa una verdadera inquietud filosófica. Repátese su "Filosofía fundamental" y su "Criterio" y por doquiera se advertirá al hombre que desconfía de todos aquellos pseudo-problemas que ha impuesto precisamente el espíritu de sistema. Sin burla y sin amargura nuéstra los inconvenientes que tiene la teoría del entendimiento agente, ingenjada por Aristóteles y los escolásticos con el sólo objeto de cerrar el sistema, de crear una ventana, aunque fuese falsa, para conservar la simetría, según explicaba Montaigne.

Aparte todas esas virtudes sustanciales en un pensador filosófico, Balmes era dueño de un luminoso estilo, limpio, ceñido y correcto; tan castizo, que son muchas las veces que el señor Cuervo lo aprovecha en sus estudios gramaticales, como ejemplo del buen decir.

Piénsese entonces cuál sería el júbilo experimentado por los escritores y estadistas neo-granadinos al recibir de la misma España contra quien acababan de librar batallas recisivas, el mensaje que conciliaba el Evangelio con las nuevas tendencias, que aunaba la inquietud del momento con las fuentes eternas de su religiosidad y de sus creencias.

Aunque tan distantes y distintos en el pensamiento y en la forma verbal, sólo Balmes y Ortega y Gasset han representado para los colombianos todo el sentido de un nuevo alumbramiento español en América, después de realizada la obra de la emancipación. Ortega y Gasset fue impuesto por los grupos de izquierda y por las avanzadas del partido conservador, pero clandestinamente lo han leído los patriotas de la extrema derecha, y de seguro muchas cosas buenas habrán aprendido del gran maestro. Esto mismo, pero a la inversa, se me ocurre que debió de pasar entre nosotros con los libros de Balmes: cuántos espíritus radicales no precisaron en él más de un concepto, no recibieron de sus obras una inspiración para su magisterio independiente. Ortega y Gasset no es hoy colocable ni en la derecha ni en la izquierda de los movimientos políticos, pues la enormidad de su magisterio no se deja situar en ningún extremo. Mucho más creador, infini-

tamente más inteligente que el filósofo catalán, dominador además de los más complejos hilos de la filosofía, empero, el que con la suya se compare la influencia de Balmes no es un desacierto, ya que uno y otro han tenido, para las generaciones a que se dirigían, la misma virtud capital en un filósofo, cual es la de enseñar a filosofar. Ambos se acercan también en la aversión a todo exclusivismo sistemático, en el odio a todo utopismo, en el fuerte y viril sentido de la realidad.

La generación de derechas que oyó a Balmes y siguió sus enseñanzas es, a mi juicio, lo mejor que ha tenido el país. Y como éste es un asunto de generaciones, también los hombres que se enfrentaron al filósofo católico, inspirados en el positivismo y en el utilitarismo, forman con los primeros la época más brillante de nuestra patria.

Mariano Ospina Rodríguez, Sergio Arboleda, Miguel Antonio Caro, Ezequiel Rojas, Francisco Eustaquio Alvarez, Rafael Núñez son hijos de un mismo signo de los tiempos. Los primeros fueron duramente realistas, lo mismo que el Núñez de los últimos años: los segundos tenían el ideal por delante y vivieron muchas veces la utopía. Podemos hoy considerar un tanto ingenuas sus disertaciones filosóficas, pero lo que siempre los salva y los coloca en el linaje de los clásicos de nuestro pensamiento es la manera como supieron afrontar la realidad. Los he llamado clásicos recordando la sentencia de Croce, según la cual, clásico es el que realiza "la fusión de lo primitivo y de lo culto, de la inspiración y de la escuela".

Los estadistas colombianos del siglo XIX afiliados al conservatismo y fervorosos católicos además, recogieron la enseñanza de Balmes y fundaron colegios donde por mucho tiempo se explicó la filosofía bajo la inspiración del gran espíritu español. Tal fue el *Liceo de la Infancia*, creado desde 1865 por don Ricardo Carrasquilla, y varios años más tarde el Colegio de Pío IX donde explicaba al filósofo español, don Miguel Antonio Caro.

Monseñor Rafael María Carrasquilla, de ilustre memoria, se formó en los claustros que regentaba su padre y bajo las doctrinas expuestas en la galana prosa del pensador catalán. A él seguramente debió mucho de su pensamiento y más de una brizna de la alegre libertad de su espíritu.

Puede decirse con todo coraje que los mejores escritores confessionales que han existido en el país, surgieron de la escuela balmesiana. Balmes les daba el aliento y la audacia, al mismo tiempo que el freno para permanecer fieles a la fe que profesaban. Es verdad que la pura actitud filosófica no aparecía en ellos, debida al afán apologético, lo que el propio Carrasquilla censuraba a Menéndez y Pelayo.

Pero cuando el pensamiento católico colombiano olvidó a Balmes por no ser un tomista puro, cuando retrocedió al tomismo estudiado casi siempre, no en su fuente ilustre, sino a través de manuales de muy débil contextura, el pensador católico desapareció de nuestro ambiente cultural. Balmes era más abierto, más espontáneo, más generoso; enseñaba, pero permitía pensar por cuanta propia. El tomismo de tantos textos mezquinos, en cambio, dejaba la impresión en las generaciones que se levantaban a principios del siglo actual, que ser escritor católico era una faena por demás difícil, pues suponía no sólo el conocimiento y la adhesión al dogma, sino a todos los mil distingos y subdistingos que ostentaban los manuales de filosofía.

Y es así como se explica que Mariano Ospina Rodríguez o Sergio Arboleda o Caro o Suárez no tengan sucesores dignos de su estirpe, y que el escritor de temas religiosos hasta muy entrada esta centuria, sea exclusivamente un miembro del clero. Los católicos seculares se colocaron al margen y la filosofía de tono confesional no se cultivó más. Tal vez esto haya sido provechoso para la filosofía, pero dudamos que pueda parecer a ningún creyente, bueno para la fe.

Pero es más todavía: el retorno al estricto tomismo de manuales adocenados, cortó las alas al pensamiento filosófico mismo entre los que se sentían ligados a la fe romana. Desde que se tomaba por muchos católicos el pensamiento de Santo Tomás como la única expresión posible del dogma cristiano, y sus tesis como los únicos preámbulos de su fe, las mejores cabezas, por temor a caer en la incredulidad, consideraron extremadamente peligroso todo contacto con la filosofía y fue por ello por lo que desviaron sus talentos hacia la literatura o las finanzas o el derecho, dejando al clero la exclusividad en la defensa de la tradición católica que ha creado nada menos que la cultura de occidente. Nuestros hombres del siglo pasado no tuvieron estas trabas y por ello se paseaban con donaire en medio de los más diversos temas y sobre cada uno de ellos procuraban asumir una actitud personal, aunque siempre objetiva; y era que estaban educados en el fértil espíritu de Jaime Balmes, filósofo y apologeta, pensador que admira a Tomás de quino, pero que tenía los poros abiertos para dejar penetrar por ellos todas las esencias de la auténtica filosofía.

CAYETANO BETANCUR

Bogotá, julio 9 de 1948.